



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA

VIDA Y MUERTE DE LA PRINCESA CARLOTA DE GALES

por el

Doctor ENRIQUE GARCIA DEL BUSTO Y ALEGRET

Burgo de Osma (Soria).

Cuando la prensa de todo el mundo llenaba sus columnas con fotografías y comentarios sobre los detalles de preparativos y ceremonias palatinas de la boda de la princesa Isabel, presunta heredera al trono británico, acudió a nuestra memoria el recuerdo de otra princesa inglesa, cuya breve e interesante vida fué truncada, como la de todos los elegidos, tempranamente.

Porque, además de la actualidad que la rememora, en torno a la princesa Carlota de Gales se cierne una bella estampa romántica y un caso médico que dió mucho que hablar en su época y suscitó enconadas discusiones en tiempos más cercanos.

Nace en una de las épocas más difíciles de la historia de Inglaterra. En la última cuarta parte del siglo XVIII, cuando la nación se resiente todavía por la independencia de Norteamérica, le llega el reflejo de la efervescente tendencia revolucionaria francesa, aún indeterminada, pero que no ha de tardar en hacer explosión, la Monarquía camina rápidamente a su descrédito por el comportamiento de las reales personas, y sólo una potentísima organización parlamentaria, consciente y eficiente, en la que destaca con luz propia el nombre de Fox, es capaz de contener su precipitación en la ruina.

Jorge III, a la sazón reinante, loco las más de las veces e imbecil siempre, debe designar el poder real, mas el Parlamento no ve con buenos ojos a su primogénito, príncipe de Gales, entregado a toda clase de excesos y gastos exorbitantes, de los cuales ha tenido que ocuparse en diferentes ocasiones; por si fuera poco, corre el rumor de haber contraído matrimonio secreto con la católica Mrs. Fitzherbert, que, de resultar cierto, es causa suficiente para perder la corona. En una histórica sesión es negado públicamente por él, y se compromete a tomar estado en el plazo de un año, consiguiendo con ello ser nombrado regente del reino. Efectivamente; un año después celebra sus esponsales con Carolina de Brunswick, de cuya unión nace, en 1796, una niña, a la que se impone el nombre de Carlota Augusta. Pocos meses después se separa el matrimonio.

La infancia de la presunta heredera al trono no es muy afortunada. De espíritu sensible, se afecta notablemente por la situación anormal de sus padres, que llega a su extremo de tirantez cuando, en 1806, contando ella doce años de edad, queda definitivamente rota toda unión del matrimonio; él hace vida con mistres Fitzherbert, organizando famosas bacanales, y Carolina de Brunswick, con el nombre de condesa Wolfenbüttel, abandona Inglaterra por una larga temporada; conoce en Italia a un lacayo-llamado Pergami, al que eleva al cargo de su chambelán, le otorga el título de conde Francini, y en su unión recorre los Santos Lugares, Turquía, Grecia e Italia, en la que, al fin,

se instalan en la villa Este, a orillas del lago Como, en 1816.

Si la situación familiar de la princesa no es muy envidiable, tampoco por su significación política obtiene la atención que por su posición debe merecer. Parte de la aristocracia secular hace coro a las excentricidades y liviano comportamiento de los reyes y el príncipe regente, y otra, ante el poderío efectivo del Parlamento, se ha retirado a sus propiedades y hace vida rural. Los políticos, ocupados en contrarrestar los resultados del bloqueo napoleónico del continente para Inglaterra, que trae como consecuencia un enorme enriquecimiento de comerciantes y contrabandistas, al tiempo que el Erario público aumenta desahoradamente su deuda interior, de tal forma, que, en 1815, de los 46 millones de libras de ingreso ordinario ha de destinar 42 millones al pago de intereses de la misma, no sienten gran interés por esta niña, débil, pálida y callada, que ni representa obstáculo para ellos ni en nada les puede ayudar.

Sólo el pueblo llano, el que, por su posición, no tiene acceso a su persona, que está gravado con impuestos extenuantes y no participa en la prosperidad que el bloqueo reporta a algunos, que, apegado por tradición y convencimiento a la institución monárquica, ve se está demoliendo lentamente y que, temeroso de que la guerra con Napoleón exija algún día a Inglaterra una contribución más directa que la que en la actualidad otorga, ve en la futura reina el objeto de sus esperanzas y el fin de sus males, de esa manera ingenua con que siempre los pueblos colocan sus ilusiones en sucesos también ingenuos, personas insignificantes o teorías utópicas, pero que, a la postre, la Historia se encarga de demostrar ha acertado.

Cuando florece su juventud en medio de la indiferencia, el aislamiento y la soledad, comienzan a soplar los primeros aires del romanticismo, que poco después, con lord Byron, han de transformarse en huracán incontenible que llegará a toda Europa; nada tiene de particular prendan en su alma de adolescente formándole un carácter dulce, soñador, deseoso de ignotas posibilidades y aventuras, mas al tiempo firme y decidido. Su padre determina, cuando cuenta dieciocho años de edad, su boda con Guillermo, príncipe heredatario de Orange. Carlota sabe tiene agrio y fuerte carácter, es rudo, autoritario y su vida no muy apacible; comprende no es el amado que su corazón espera, y, sin tener en cuenta las razones de Estado y las conveniencias de la familia, se niega rotundamente a este enlace, negativa que trae como consecuencia ver desatarse la ira de su padre, que la tendrá dos años reclusa en el castillo de Windsor.

Todavía permanece en él cuando se concerta nuevamente su matrimonio. El propuesto esta vez es Leopoldo Jorge Cristiano, príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha, entonces de veintiséis años, que más tarde

habría de coronarse como rey de Grecia en 1830, y al año siguiente, habiendo abdicado, como rey de los belgas, con el nombre de Leopoldo I.

A pesar de ser primos, no parece ser se conocieran mucho, por lo que Carlota esperaba el momento de la primera entrevista con verdadera ansiedad. Se celebró, al fin, y lo que había concertado la conveniencia lo selló el amor. Rosa Weigl, biografiadora de la princesa, nos refiere sus amorosos paseos por los jardines de Windsor, sus sentimentales deliquios a la luz de la luna y sus juramentos mutuos repetidos incesantemente, olvidados de quienes son y de qué representan, para comportarse sólo cual corresponde a una romántica pareja de principios del ochocientos.

Con el habitual boato y esplendor de la Corte inglesa, celebróse la boda en 1816, en la que el novio vestía por primera vez el uniforme de feldmariscal, cargo para el que fué nombrado al mismo tiempo que duque de Kendal. A poco, la felicidad que les llenaba fué aún acrecida: la princesa estaba en estado; quedaba asegurado el fruto de sus amores y la sucesión directa al trono.

Pero no fué así. Cuando llegó el momento, tras tres días de parto doloroso y difícil, dió a luz una criatura muerta, y a poco, con el nombre de su esposo en los labios, ella también falleció...

Rosa Weigl (*Memoir of life of the princess Charlotte*, Londres, 1874) nos describe a su biografiada como «extremadamente rubia de pelo, tez pálida y transparente, bajo la que se ven las venas, labios breves y ligeramente coloreados, pecho breve, cintura estrecha, caderas pequeñas, pierna fina y pequeño pie». No es difícil identificarla con una infantil, con biotipología hipoplásica, probablemente raquítica, dada su clase de vida en la infancia y juventud.

Al quedar embarazada, fué puesta bajo la tutela médica del barón de Stockmar. Cristián Federico Stockmar, nacido en Coburgo, donde estudió Medicina y ejerció la profesión, privadamente y como médico de los lazaretos del Rhin, acompañó al príncipe Leopoldo a Inglaterra, cuando la boda, en calidad de médico de cámara, siendo más bien consejero político y confidente del mismo, al que posteriormente ayudó con fidelidad para ser nombrado rey de Grecia, primero, y de Bélgica, después, concediéndole en pago de sus servicios el título de barón de Baviera en 1831. Nuevamente volvió a Inglaterra, donde fué valioso consejero de la reina Victoria a su advenimiento al trono, y, al fin, terminó sus días, lleno de honores y reconocimientos reales, en su tierra natal, en Coburgo, a los setenta y seis años. Más palaciego que médico, aunque como tal no desafortunado ni carente de dotes de observación y ponderado juicio, estimó que pudiera resultar impopular que un médico extranjero cuidase a la heredera al trono, y delegó su misión en el inglés Richard Croft, partero de sus majestades, que sometió a la princesa, probablemente por llevar un curso gestático de su embarazo con emesis, etc., a un tratamiento que más tarde no vaciló en calificar Stockmar de «régimen sumamente debilitante», del que formaban parte las sangrías, los purgantes, los clisteres y una alimentación insuficiente.

Cuando llegó el momento del parto, al cual es fácil suponer en el estado deficitario que llegaría, fueron requeridos los servicios del señor Croft y de Mateo Baillie, médico del rey, profesor de Anatomía, siendo el sucesor en la cátedra de su tío y maestro el célebre anatómico Hunter. En vista de que el parto se prolongaba, fué llamado a consulta Juan Sims, célebre tocólogo en aquellos tiempos, aunque no haya pasado a

la posteridad, y al que no hay que confundir con el famoso Marion Sims, ginecólogo norteamericano, ideador del espéculo que lleva su nombre. Más tarde acudió también Stockmar, pero ninguno de estos dos últimos llegó a ver a la princesa hasta el final. Una clara exposición del curso del parto la encontramos en una carta que escribió el propio doctor Sims al doctor José Clarke, de Dublin. Dice así:

«Londres, 15 de noviembre de 1817.

»No me sorprende que desee conocer la relación exacta del parto de su alteza real la princesa Carlota, cuyo término fatal ha sumido en duelo a toda la nación. Dispensad mi concisión; he estado y estoy muy ocupado. Os escribo sentado junto a una mujer que está de parto. El de su alteza real comenzó por el flujo del líquido amniótico el lunes, a las siete de la tarde, y poco después se presentaron los dolores, que continuaron toda la noche y gran parte del día siguiente, agudos, blandos y muy poco eficaces. Por la tarde, el señor Richard Croft principió a sospechar que no podría terminarse el parto sin intervenir, y me envió a llamar. Llegué el miércoles, a las dos de la madrugada. El parto en este momento caminaba un poco mejor, y el doctor Baillie creyó que era inútil anunciar mi llegada a la princesa, de cuya opinión participé. Desde este instante hasta el fin del parto, la marcha de éste fué uniforme, aunque muy lenta; la enferma estaba bien, el pulso tranquilo, y no hubo motivo de pensar en servirse de los instrumentos. Hacia las seis de la tarde se tornó verdoso el flujo, lo cual nos hizo sospechar la muerte del niño; sin embargo, como los dolores eran entonces muy fuertes y el parto caminaba regularmente, aunque con lentitud, no se pensó en intervenir. El niño nació a las nueve de la noche, y aunque se intentó reanimarle insuflando los pulmones, haciendo fricciones, dándole baños calientes, etc., todo fué inútil, pues no pudo hacerse que latiera el corazón. Poco después del parto observó el señor Croft que el útero formaba como una especie de reloj de arena, y como hubiera cierta hemorragia, se decidió a introducir la mano para extraer la placenta.

»Como media hora después del nacimiento del niño, se verificó así el alumbramiento con más facilidad y menor pérdida que de ordinario. Durante dos horas estuvo bien la enferma; después se quejó de dolor en el estómago, de zumbido de oídos, se hizo locuaz y ascendió el pulso; pero luego se calmó y volvió a su primitivo estado el pulso. A medianoche se quejó de un vivo dolor en el pecho y se puso muy agitada, con pulso rápido, débil e irregular. Se ha dicho que nos habíamos acostado todos; es inexacto; el señor Croft no abandonó el cuarto de la princesa, el doctor Baillie se retiró a las once, y, respecto a mí, he de decir que me eché en la cama vestido a medianoche. A poco, el señor Baillie me rogó fuera a ver a su alteza. Titubé; pero al fin me fui con él. Entonces la vi por primera vez. La princesa tenía espasmos de pecho, respiraba con dificultad, estaba inquieta, agitada; tan pronto estaba de un lado como de otro, hablaba primero al señor Baillie y después al señor Croft. El primero le dijo: «He aquí a uno de vuestros antiguos amigos». La princesa me tendió la mano en seguida y estrechó afectuosamente la mía dos veces. Tomé su pulso, era rápido; los latidos, ora fuertes, ora débiles, ora intermitentes.

»En la autopsia se encontró un poco de líquido sanguinolento (60 gramos) en el pericardio, derrame que se supuso producido *in articulo mortis*. El cerebro y todos los demás órganos estaban sanos, excepto el ovario derecho, que tenía un quiste del volumen de un huevo de gallina. La contracción del útero, en forma de reloj de arena, era aún visible, y este órgano

contenía una gran cantidad de sangre en su interior; los que asistieron a la autopsia no están conformes en este punto, pues unos la calculan en 350 gramos y otros en 700. El fondo de la matriz llegaba hasta el ombligo. La causa de la muerte de su alteza real es, sin duda, un tanto oscura; los síntomas son los de una muerte por hemorragia; pero la pérdida no fué, al parecer, suficiente para explicar el término fatal. Es posible que se produjera el derrame en el pericardio más pronto de lo que se ha supuesto, y no se ha demostrado que no sea esto la verdadera causa de la muerte. Siento no haber visto más pronto a la princesa; sin duda, hubiese sido preferible que me hubieran introducido antes de principiar el parto, y así no hubiera extrañado mi presencia durante los dolores, ni si era necesario o no tener una consulta. Así lo pensé entonces, pero no podía yo proponer tal cosa al señor Croft. Todo esto quede entre nosotros. Me alegro que siga bien vuestro hijo, a quien saludaré en mi nombre y en el de mi familia. Todos celebramos que haya hecho un buen casamiento. Siempre vuestro, Juan Sims.»

«Esta carta es confidencial, y quizá se censurará porque yo diera estos detalles sin la autorización del príncipe Leopoldo.»

No es nuestra intención en este momento hacer una biopatografía retrospectiva, hoy tan en boga, ni analizar, aunque sería muy interesante, la causa del fallecimiento de la princesa Carlota, tema que suscitó violentas controversias de ilustres tocólogos a través del *Medical Times and Gazette* en 1872. Sólo con los datos que poseemos (los de la reproducida carta), no es posible determinar categóricamente si la muerte fué debida a *embolia por aire* (posible, teniendo en cuenta el alumbramiento artificial en decúbito lateral, posición tradicional de la Obstetricia inglesa), a *embolia de tipo asfíctico por trombo* o a *anemia aguda* producida por hemorragia debida, bien a *rotura uterina incompleta*, bien a *atonia uterina post-partum*, con formación de coágulos en cavidad y sin hemorragia externa considerable. Personalmente, nos inclinamos más bien por un mecanismo enlazado de ambas causas.

Pero lo verdaderamente digno de señalarse es el extremo hasta el que los tocólogos ingleses confiaban en

la eficacia de las fuerzas expulsivas de la naturaleza, cuando, a pesar de la marcha lenta y penosa del parto, con bolsa de aguas rota, con alternativas de aparición y desaparición de dolores ineficaces, «no se pensó en hacer uso de los instrumentos», y aun «cuando se tornó verdoso el líquido», no se pensó en intervenir, dejando que concluyese espontáneamente el parto ¡a las cincuenta y dos horas de romperse la bolsa de las aguas! Tal proceder es más de extrañar si tenemos en cuenta que el fórceps es instrumento de origen inglés, que si bien estuvo en poder de los Chamberlen de una manera oculta y misteriosa desde 1620, era ya de conocimiento general de los obstetras ingleses a partir de 1733, y que al año siguiente, William Smellie dió a conocer su modelo de ramas cortas, sistematizando su empleo en aplicaciones bajas. Mas se ha de reconocer pesó con más fuerza en el ánimo de los profesionales el criterio posterior de Hunter, que relegaba su empleo al más olímpico de sus desprecios, prefiriendo, con mucho, la perforación en los casos en que fracasaban las fuerzas naturales. Por eso, aun sin precisarse explícitamente, creemos que cuando su sobrino y discípulo dice que «no se pensó en intervenir», se refería a la perforación, práctica que, posiblemente, no fué llevada a cabo por tratarse del feto del futuro heredero al trono.

Así pagó su doloroso tributo a la maternidad una princesa inglesa en 1817, y así siguen pagándolo hoy día muchas de nuestras mujeres. Aquella, al final de un parto prolongado por la invencible repugnancia de los mejores tocólogos de su época a servirse del fórceps; éstas, prolongando desmedidamente sus partos, sobre todo en el medio rural, por incultura o por falta de Centros asistenciales próximos y bien dotados.

Con la muerte de la princesa Carlota, las esperanzas del pueblo inglés cayeron por tierra. Mas como si fuese designio de la Providencia el confirmarlas, y que en esta coyuntura, como en otras, fuese precisamente una mujer reinante la que había de salvar y engrandecer a Inglaterra, dos años más tarde, en 1819, nació una niña, hija del duque de Kent y prima hermana de Carlota, que más tarde había de coronarse con el nombre de Victoria I, prestigiar la realeza británica durante su largo reinado y fundar el Imperio.

©

RECIDIVAS ESTACIONALES DEL ULCUS GASTRODUODENAL

Ul-Cladene
LEVO ASCORBATO DE HISTAMINA
CICATRIZA LA ULCERA

Dos o tres series de 12 inyecciones, a razón de una ampolla diaria, evitan la aparición de la crisis, contribuyendo a lograr la curación definitiva de la enfermedad.

Caja de 12 ampollas de 2 c. c.

INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID